



## Capítulo 370 - Una diosa celta.

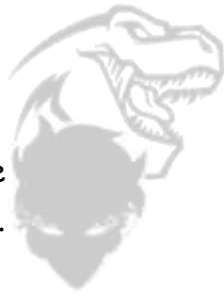
"¿Quién es el dueño de esta taberna de mala calidad?"

El silencio era absoluto.

El tipo de silencio que sólo ocurre cuando se acaba de decir algo terrible y el cerebro de todos intenta simultáneamente calcular si tienen alguna posibilidad de escapar.

Los demonios, que segundos antes habían estado contando chistes sucios, ahora permanecían inmóviles. Algunos desviaron la mirada. Otros sudaban ácido.

Incluso el suelo parecía temblar y la luz parpadeante de la habitación se atenuó. Uno de los espejos de la parte trasera se agrietó sin motivo aparente.



Malgron miró a Ruzgath, quien miró a Laath, quien miró al techo— como si la respuesta pudiera caer desde allí.

El camarero intentó tragar, pero en ese momento su garganta parecía de cristal.

"Yo..." comenzó.

"No me digas que eres tú", interrumpió, sin siquiera girar la cara por completo.  
'Ni siquiera podrías manejar una pocilga.'



Ella no estaba gritando. Su voz era baja, melódica, sensual. Pero cada palabra sonaba como una maldición disfrazada de propuesta indecente.

El silencio persistió como un eco eterno. Y luego sonrió—con dientes que no eran humanos.

"Pensé que este lugar tendría más personalidad. Los rumores me engañaron. O tal vez el nivel de miseria en el Inframundo ha caído... aún más."

El comentario fue un cuchillo arrojado con un guante de terciopelo. Y cortó profundamente.

Laath, con sus ojos estrechos, finalmente susurró:

"¿Quién... quién es ella?"

Ruzgath ni siquiera se giró para responder. Él todavía estaba mirando a la mujer, como si tuviera miedo de que desapareciera si parpadeaba.

"No lo sé. Pero huelo algo extraño..."

Malgron sintió un pinchazo en la nuca. Esa sensación de que había entrado en un juego en el que ni siquiera conocía las reglas, y mucho menos lo que estaba en juego.

La mujer se giró para mirar hacia el pasillo por un breve momento, como si esperara a que alguien se atreviera a presentarse.

Y luego...



Un cuervo.

Entró por la grieta de la puerta entreabierta, cortando el aire como una flecha viviente. Con un solo aleteo de sus alas de color negro carbón, aterrizó suavemente sobre el hombro desnudo de la mujer. Sus ojos —un abismo escarlata en miniatura— brillaban con sabiduría silenciosa.

Ella no se movió, sólo inclinó ligeramente la cabeza hacia un lado, como si escuchara al viento recitar un secreto olvidado.

"Ya veo..." dijo con una sonrisa torcida. Como si las palabras del cuervo hubieran pintado de rojo los mapas de la realidad.

Fue en ese momento cuando el aire crepitó.

Un sonido seco, como antiguos pergaminos desgarrados por el tiempo, y una presencia brutal tomaron forma en el centro de la taberna — un crujido de energía densa, olor a mirra y hierro caliente.

Amon.

Uno de los cuatro demonios supremos del inframundo.

Alto, con hombros tan anchos como paredes. Sus túnicas eran un híbrido entre armadura y piel viva, y su semblante oscilaba entre orgullo y arrogancia — una arrogancia bien contenida pero real.

Él no estaba allí para intimidar.





Él estaba allí para controlar el daño.

"Morrigan..." dijo, y el nombre salió como una maldición ahogada. Como si pronunciarlo reabriera viejas heridas.

Ella sonrió lentamente, como una flor que se abre en un campo de cadáveres.

"¿Cómo estás, pequeño demonio?" Ella se burló, deslizando una uña sobre el cuello del cuervo, que emitió un graznido satisfecho.

La habitación jadeó.

Los presentes quedaron paralizados. Ruzgath casi se cae de su banco. Laath agarró su taza con tanta fuerza que se quebró. Malgron permaneció inmóvil, como si girar los ojos hacia ambos lados lo condenara a la inexistencia inmediata.



Ella se estaba burlando de Amon.

Allá. En público.

No era sólo belleza—era pura dominación. Una orden tallada en carne y hueso.

Cuando llegó al bar, el camarero —un viejo demonio con cicatrices que hablaban de guerras tridimensionales— abrió los ojos, el cristal que estaba limpiando se le cayó de la mano y se hizo añicos en el suelo.

Apoyó un dedo perfectamente esculpido sobre el sucio mostrador. El barniz nigromántico de la madera se agrietó bajo su tacto. Ella lo miró con letal aburrimiento y le preguntó:

"¿Quién es el dueño de esta taberna de mala calidad?"

Ella se acercó a él como si bailara con su propia sombra. "Ustedes, Arcontes... siempre fingen que tienen el control. Pero todo el mundo lo sabe. Donde hay caos... ahí estoy yo."

El cuervo batió sus alas una vez. El suelo se agrietó.

Amón tragó fuerte. Miró a su alrededor. No por apoyo—no había nadie en ese bar lo suficientemente poderoso como para respirar a su lado, y mucho menos involucrarse.

Era él. Y ella. Y la guerra misma.

"Estás rompiendo las reglas", dijo, como si intentara recordar la realidad de sus propias leyes. "No se puede... manifestar aquí sin el permiso del Consejo."

Ella se rió.

Ella no sonrió. Ella se rió.

Un sonido tan puro y caótico que hizo crujir los espejos. La bebida en las botellas burbujeó. Una gárgola se derritió.

"¿El Consejo?" Ella repitió, saboreando la palabra como si fuera un plato mal servido. —¿De verdad crees que tus reglas valen algo, Amón? ¿Cuándo todos los jugadores reales se están armando detrás de escena?"





Ella dio un paso adelante. Amón siguió mirándolo.

"Lo oí. No Walpurgis. Lo que viene después de él. Y si estoy aquí... es porque ya no hay tiempo para simulaciones."

Ella miró a los demonios que la rodeaban.

"Este bar decrepito... lleno de sirvientes, trabajadores y recuerdos muertos... era el mejor lugar para poner un pie primero. Donde el suelo todavía grita bajo los pies. Donde la tierra está hecha de espadas desgastadas y sangre seca."

Volvió la mirada hacia los ojos de Amón—que parecían albergar cien mil batallas olvidadas.

"Vine sólo a recoger los cuerpos", dijo, con voz como niebla entre las tumbas. "Soy la Diosa de la Guerra, la Muerte... y la Fertilidad. Donde la tierra está manchada de sangre, ahí es donde florecen mis semillas. Esto..." abrió los brazos, indicando que la taberna fétida, los demonios silenciosos, el aire saturado de tensión '...es el mejor lugar para estar. ¿No estás de acuerdo?'

Ella sonrió.

No era una sonrisa humana. Ni siquiera uno infernal.

Era algo primitivo. Una curvatura de los labios que hablaba de fiestas en valles de cadáveres. Una risa que había precedido a la caída de los imperios.

Amón permaneció inmóvil durante unos segundos. El silencio se extendía como un hilo a punto de romperse.





Luego suspiró. Largo. Profundo. Como alguien que lleva el mundo sobre sus hombros y tropieza en un precipicio.

—Esto tampoco... —murmuró, frotándose la cara con la palma de la mano. 'Como si no tuviera ya suficientes problemas.'

Su tono era de puro agotamiento — no de miedo. Pero el de un guerrero veterano que había perdido la cuenta de sus cicatrices.

"El Padre Celestial exige transparencia en nuestros asuntos... Un Rey Demonio de mierda que monopoliza a tres reinas infernales y sigue pensando que no es suficiente..." Comenzó a caminar en círculos, con la mirada perdida. "Dragones celestiales, a punto de despertar y reducir los mundos a polvo... Traidores tramando cosas... la Reina Bruja invadiendo el inframundo... Y ahora tú."

Él se detuvo. Él la miró de nuevo. Morrigan.

"Apareces aquí. En un bar de quinta categoría, en el culo de Abbadon, como si estuvieras haciendo turismo en medio del apocalipsis."

Ella simplemente lo miró fijamente, con esa sonrisa todavía en sus labios, el cuervo batiendo ligeramente sus alas, como si todo le pareciera muy divertido.

"¿Qué carajo está pasando aquí?" Amón finalmente escupió la pregunta al aire, como si esperara que el tejido mismo de la realidad respondiera.

Morrigan no respondió de inmediato. Ella simplemente se acercó a él. Un paso a la vez, como una frase que viene del más allá.





—Bueno... —dijo ella, casi con una ternura burlona. 'Me alegro que entiendas todo lo que pasó para que yo estuviera aquí. ¿Ves? Hay muchas razones para que esté aquí.' Ella se inclinó ligeramente, lo suficientemente cerca para que él pudiera oler su perfume.

"¿Qué tal llamar a Zafiro?" Ella palideció, los trabajadores sudaban de miedo y el techo parecía más bajo ahora. 'Me divierto con ella... ¡y tú no tienes que preocuparte!' Ella dijo felizmente.

Amón suspiró... "No creo que hayas estado siguiendo las noticias... Tu amiguito Zafiro murió hace un tiempo, ahora lo único que queda es una vieja perra enamorada de un chico de 20 años. Buena suerte con eso." Dijo Amón con un saludo. "Tu amigo espartano incluso habla correctamente y pide favores. Deberías ver cómo le habló a Sun Wukong sobre el niño" Dijo Amón y se dio la vuelta.

"Por favor, no maten a la población, ¿de acuerdo? Ve a ver cómo está tu amigo." Dijo Amón antes de desaparecer...

"¿Qué? ..." Morrigan ni siquiera podía pensar en lo que acababa de decir...  
"¿Zafiro? ¿Enamorado? ..."

